

LA HERMANA

R.421.093

DE

LA CARIDAD

POR

J. E. R.



MURCIA.—1895

Tip. de «LAS PROVINCIAS DE LEVANTE»

Plaza de los Apóstoles 20.

LA HERMANA

DE

LA CARIDAD

POR

J. E. R.



MURCIA.—1895

Tip. de «Las Provincias de Levante»

Plaza de los Agustinos 20.



LA HERMANA
DE
LA CARIDAD.

Al anochecer de la víspera de la célebre batalla de Solferino, doce hermanas de la caridad atravesaban el campamento francés.

Sus empolvados vestidos, su incierta y pausada marcha, atestiguaban claramente las fatigas de un largo viaje; acababan de llegar de Francia.

Delante de todas aquellas santas mujeres, iba otra que se distinguía de las demás por su elevada estatura; por su aspecto tranquilo, firme y resignado.

Aquella debía ser la superiora. Era jóven todavía, y á pesar de su palidez, una palidez extraña, aun era muy hermosa.

—Es Sor Teresa! repetían con piadosa vene-

racion todos los que habian hecho la campaña de Crimea. Es Sor Teresa!

Así llegaron á un montecillo, sobre el cual se hallaban algunos oficiales de cazadores, conversando con la mayor familiaridad del mundo; al aproximarse las hermanas de la caridad, todos se levantaron, todos se descubrieron.

Sor Teresa pasó seguida de sus compañeras.

Los oficiales volvieron á sentarse y á formar su grupo, á escepcion de dos jóvenes capitanes, que permanecieron en pié un poco separados de los demás.

El primero, llamado Kerkadec, era presa de una profunda emocion, y con los ojos fijos en un recodo del camino, por donde acababa de desaparecer Sor Teresa, se habia vuelto casi tan pálido como ella; permanecia inmóvil y como petrificado, al mismo tiempo que dos lágrimas corrian por sus atezadas mejillas.

—Kerkadec! dijo al fin su compañero, que le observaba con creciente sorpresa; mi valiente Kerkadec, qué tienes?

—Yo, nada... nada! respondió este con el miedo de un hombre que se despierta sobresaltado, y que quiere guardar su secreto.

Pero reponiéndose al punto, exclamó:

—Boudin, tú eres mi mejor amigo, no es cierto?

Por toda respuesta Boudin tendió francamente la mano á Kerkadec.

—Ven, replicó este, busquemos un sitio don-

de nadie pueda oírnos. Es preciso que lo sepas todo... Es preciso.

Kerkadec, singularmente conmovido, bajó á la llanura, en medio de la cual se elevaba un solitario ribazo.

La noche se aproximaba, precedida acá y allá por algunas nacientes estrellas. Ni la mas ligera brisa hacia estremecer las hojas de los árboles. Un rumor vago y lejano comparable al del mar, poblaba el espacio. Este rumor partía del campamento, cuyas blanquecinas tiendas se estendian en todas direcciones, hasta perderse de vista; sobre todas las eminencias se dibujaba la silueta de un centinela. De vez en cuando se oia un tiro, un redoble de tambor, los acompasados pasos de una patruya, una voz de mando, el refran de una cancion. Tal era el cuadro que presentaba el campamento francés; pero habia en él algo tempestuoso, algo terrible, algo siniestro... Oh!... bien se conocia que aquella era la víspera de una gran batalla.

Kerkadec se dejó caer sobre el tronco de un árbol, se recogió un instante, y principió así:

—Tú te has burlado muy á menudo de mi lúgubre tristeza, de mi profunda melancolía; pero ya no te burlarás mas, así que sepas la historia de mi triste vida.

Yo he tenido la desgracia de no conocer á mi pobre madre, que murió al darme á luz.

Apenas habia cumplido diez años, cuando mi padre fué á hacerle compañía en el cielo.

Ay! estas desgracias me sumieron en la mas horrible de las desesperaciones.

Uno de mis tios fué mi tutor; era un viejo solterón, bastante egoista, que no amaba á los niños.

Afortunadamente, teníamos un buen vecino en San Malo, un maestro piloto, cuya familia era tan numerosa, como su casa francamente hospitalaria.

Se llamaba maese Penhoel, y tenia cuatro hijos y una hija.

El mayor de todos no contaba mas de quince años; los dos siguientes eran próximamente de mi edad. En cuanto á la hija, tenia un año menos que yo, y un año mas que el menor de sus hermanos, que, tanto de nombre como de hecho, era el Benjamin de la familia.

Todas las mañanas me iba á casa de los Penhoel, á quienes no abandonaba hasta bien entrada la noche. Era, por decirlo así, el sexto hijo de la casa, y amaba á Genoveva como á una hermana.

Genoveva era la hija del piloto.

Ay! qué alegre corria entonces mi vida alrededor de aquellos séres tan queridos!... qué risueño veia yo mi porvenir, al través del prisma de las ilusiones!...

Oh!... estos recuerdos son para mí los recuerdos de un paraiso perdido.

Sin embargo, no tardé en verme desterrado

de él, porque tuve que entrar en el colegio de Rennes.

Horrible fué para mí el día que me despedí de aquella honrada familia.

Pero al cabo de un año, cuando llegaron las vacaciones, qué alegría volverla á ver!... qué felicidad, pasar un mes todos juntos, un mes como los que pasábamos antes de separarnos!...

Es cierto que el mayor de los hermanos, llamado Corentino, hacia ya su aprendizaje marítimo con su padre: debía ser piloto como él.

En cuanto al segundo, que se llamaba Gabriel, iba á entrar entonces en el seminario, habia de seguir la carrera eclesiástica.

Lo mismo debía ser Benjamin que Gabriel; lo mismo Raimundo que Corentino.

Porque era una costumbre inmemorial, una especie de ley, que voluntariamente se habian impuesto los Penhoel, que el mayor fuera piloto, el segundo sacerdote, y así sucesivamente los otros hermanos, á fin de que todos se consagraran cristianamente, los unos á servir á Dios, los otros á salvar á los infelices náufragos.

Respecto á las hijas, lo menos de cada dos, una debía ser religiosa.

Oh! aquella era una santa familia, una familia verdaderamente bretona.

El mismo día que partió Gabriel para el seminario, se embarcó Corentino para afrontar su primera tempestad.

Aunque estaban muy impresionados los dos, Corentino no tenia miedo; Gabriel no lloraba

—Cumplamos como buenos, se dijeron al separarse estrechándose las manos.

Llegaron las segundas vacaciones, y una escena muy parecida á la de las primeras se renovó entre Raimundo y Benjamin, este se fué con el seminarista Gabriel; aquel reemplazó en calidad de grumete á su hermano Corentino, que era el marinero del padre Penhoel.

Nada tan conmovedor como aquella familia, en la que todos tenían su destino marcado de antemano, y lo aceptaban con una resignacion verdaderamente heróica.

Hacia ya mucho tiempo que la madre Penhoel habia muerto, y su hija, aunque muy niña todavía, la reemplazaba como ama de la casa. Este imprimió en su carácter el sello de una gravedad precoz y casi maternal. Al dia siguiente de su primera comunión, Genoveva parecia ya una mujer.

Todavía me figuro que la estoy viendo, con su traje breton, casi siempre de color oscuro, y su toca *maluina*, tan blanca como la nieve. Los hombres se asombraban al verla tan hermosa, y la saludaban al pasar con una respetuosa sonrisa. Era hacendosa en extremo, y todos sus hermanos la obedecian ciegamente.

Cuando las vacaciones nos reunian á todos, reinaba en aquella casa una patriarcal jovialidad, una franca alegría; Gabriel y Benjamin olvidaban por algunos dias sus negras sotanas, y si alguna vez salíamos todos al campo, la misma Genoveva se entregaba á la influencia

espansiva del aire y del sol, á la risueña agilidad de sus quince años.

Porque nuestra querida hermana Genoveva habia cumplido ya quince años; ay! su talle gracioso y esbelto, su elevada estatura, sus facciones regulares como las de una madona, sus negros ojos y su sonrisa angelical, me impresionaron de tal modo, que tuve que rendir tributo á tantas perfecciones. La amé con toda mi alma; y cuantos nos conocian creian que estábamos destinados el uno para el otro.

Al fin concluí mis estudios, y mi tutor, sin avisármelo siquiera, me hizo entrar de escribiente en casa de un armador.

—Pórtate bien, me dijo, y gracias á mi herencia serás el sucesor de tu principal.

Yo habia creido que me alejarían de San Malo, y corrí á comunicar esta buena noticia á mis amigos.

—Bravo! exclamaron en coro los cuatro hermanos; ahora ya no nos separaremos nunca.

En cuante al viejo piloto, me estrechó cariñosamente entre sus brazos y me llamó su hijo.

—Qué dichosa soy! me dijo tambien Genoveva, al mismo tiempo que una lágrima rebelde empañaba sus puros y negros ojos.

Oh! todo parecia sonreirme aquella noche... yo veia mi porvenir de color de rosa, á través del ilusorio prisma de la felicidad.

Así trascurrió un año sin que nada alterara

aun, la dulce intimidad en que vivíamos los Penhoel y yo.

Después, una continuada serie de desgracias se desencadenó contra aquella familia, que yo consideraba ya como mía.

La primera fué la partida de Gabriel. Acababa de pronunciar sus votos, y quería recorrer la China en calidad de misionero.

—Por qué no permaneces á nuestro lado? le decía su padre. Puesto que te ofrecen un vicariato en uno de los pueblos mas inmediatos, acéptalo, que es una noble y santa misión la del cura de una aldea.

—Sí, padre mio, sí; pero yo tengo sed de conquistar almas.

—Y si no vuelves?... y si aquellos á quienes vas á convertir te martirizan?

—No... porque vos rezareis por mí. Dios me llama; dejadme partir.

El anciano se resignó por fin, y Gabriel partió para la China.

Todos le acompañamos hasta la orilla del mar, y allí conocí yo el poder, el ardor de ese instinto religioso, de esa fiebre de sacrificio que existe en ciertas naturalezas, y que es su predestinación apostólica.

Al ver como se alejaba el buque que se llevaba al misionero, sus tres hermanos le envidiaban; su hermana no pudo menos de decir:

—Oh!.. qué bueno es sacrificarse así... por el amor de Dios

Esta exaltacion concluyó por apoderarse del anciano Penhoel, y,

—Dios mio! dijo dirigiendo sus miradas al cielo; acabo de darte uno de mis hijos... si no te basta, habla... que aun me quedan otros.

Sin embargo, cuando volvimos á casa, el buen piloto se dejó caer en su gran sillón rústico, y lloró como un niño.

Sus hijos y su hija se agruparon á su alrededor para consolarle, y reuniéndolos en un mismo abrazo, murmuró:

—Ahora ya no somos mas que cinco!

—Vos me olvidais sin duda, padre mio, exclamé yo lleno de ansiedad; yo soy vuestro hijo ya de corazon; quereis que lo sea en realidad?... quereis que me case con Genoveva?

Los tres hermanos se miraron sonriendo.

Genoveva, sorprendida y confusa, se tapó el rostro con uno de los anchos pliegues del capote de su padre.

El piloto se dirigió lentamente hácia mí, apoyó sus dos grandes manos sobre mis hombros, me miró fijamente, y me dijo:

--Aun no has cumplido veinte años, Kerka-dec; pero eres digno de ella, y yo te quiero con toda mi alma.

Al pronunciar estas palabras, me cogió la cabeza y me besó en la frente.

Aquello era adoptarme como hijo, como esposo de su hija.

Un vigoroso hurra de los tres hermanos, acogió alegremente aquellos esponsales.

En cuanto á mí, deliciosamente conmovido, apenas pude balbucear:

—Padre Penhoel... padre Penhoel... me autorizais para que pida el consentimiento de mi tío?

—Pídelo cuando quieras... porque el mío ya lo tienes.

Corrí á ver á mi tutor.

—Esa boda no me conviene, me contestó así que oyó mis primeras palabras.

—Lo siento, le repliqué yo; pero permitid que os recuerde, mi querido tío, que soy Breton, y que me llamo Kerkadec.

—Como quieras, mi querido sobrino; pero yo no soy ni menos Breton ni menos Kerkadec que tú, por lo tanto, permanecerás soltero hasta los veinticinco años, si te place; ahora permíteme que te recuerde que aun no has entrado en quinta.

—Como!... no pensais comprarme un sustituto?

—Y con qué?

—Bien sé que mi pobre padre no me ha dejado nada, pero yo creia...

—Que te libraría con mis propios recursos, no es cierto?

—Sí, tío mío.

—Esa era efectivamente mi intencion; y si me das palabra de honor de romper tus relaciones con los Penhoel, si me juras que olvidarás á Genoveva...

—Jamás! Jamás!

—Perfectamente, amigo mio... me gusta tu franqueza; serás soldado.

No insistí mas, porque sabia que mis ruegos serian inútiles, y me fui triste y cabizbajo á ver á mis amigos.

—Tu tio ha sido muy cruel contigo, me dijo el anciano piloto, pero razon de mas para obedecer. Un tutor es el representante de un padre; un padre, es el representante de Dios.

—Como!... quereis que deje de amar á vuestra hija?

—No. Quiero solamente que te armes de paciencia y de resignacion; quiero que nos pruebes á todos, que tu pasion es de aquellas que saben resistir al tiempo, á la distancia. Genoveva se esperará, y quizá llegará un dia en que tu tio se dejará vencer por vuestra constancia.

—Pero si persiste en rehusarle, el juramento que me exige, me dejará partir.

—Y qué? partirás, servirás á tu patria, y harás tu carrera en el ejército, lo mismo que tu padre.

—Pero es que yo no quiero ser soldado.

—Quizá Dios te concederá un buen número.

—Pero... y si la suerte me es contraria?

—Entonces... se cumplirá la voluntad de Dios.

Estas enérgicas palabras, y sobre todo la mirada de Genoveva, me dieron esperanza y valor.

Llegó el dia del sorteo, y saqué un mal número.

—Tienes miedo? me dijo Corentino, que estaba á mi lado; mi hermano Raimundo y yo lo teníamos todo previsto, y vamos á salvarte.

—Qué quieres decir, Corentino?

—Vámonos á la chalupa y te confiaremos nuestro secreto.

La barca del piloto estaba entonces en el puerto, y no tardamos en llegar á ella.

Una vez allí, me dijo Raimundo enseñándome una hucha, cuyo contenido hacia sonar alegremente:

—Nuestro buen padre nos deja ahora una parte de sus ganancias, y nuestra hermana nos dá todos los dias algunas gratificaciones. Así, pues, cuando pensamos que podias tener la desgracia de caer soldado, Corentino y yo nos digimos: "No mas tabaco, no mas cerveza, no mas gastos de ninguna clase... Es preciso ser económicos; es preciso guardarlo todo para nuestro hermano Kerkadec.

—Y dicho y hecho, continuó Corentino; comprendes ahora mis palabras?

—Pero vosotros no habreis podido reunir tan fácilmente seis mil francos! exclamé yo lleno de asombro.

—Tanto como eso no, me contestó Raimundo; pero tú no te irás hasta dentro de algunos meses, y en todo ese tiempo podremos aumentar nuestros ahorros... sobre todo si tú pones algo de tu parte. Supongamos que entre los tres llegamos á reunir quinientos ó seiscientos francos...

—Y bien! eso no será mas que la cuarta parte de lo que necesitamos.

—Sí; pero Corentino conoce á un empresario de quintas, que se contentará con esa suma, y que nos prestará lo demás.

—Mil quinientos francos... estais en vuestro juicio?

—Por una parte, tú nos entregarás religiosamente todo el dinero que te dé tu patron; y por otra, nosotros continuaremos privándonos de todo durante dos ó tres años... y hasta durante diez, si es necesario!

—Cómo! todas vuestras distracciones, todos vuestros placeres...

—Ba! bah! eso no vale nada... Cuentas tú acaso la felicidad de conservarle á mi hermana su esposo, y de conservarnos nosotros un buen hermano?

Oh!... qué nobles corazones! Sin poderme contener los abracé y los besé llorando de alegría... porque me había salvado.

—Silencio! exclamó Corentino; es preciso que no sepan nada, ni nuestro padre, ni Geneveva. La hucha está oculta aquí, en el cofre de Corentino... Silencio con todo el mundo.

Dos meses después una horrible tempestad estrelló la chalupa de mis infelices amigos, contra la costa de Guernesey.

Aquel dia se había quedado en tierra el anciano piloto.

Raimundo y Corentino hallaron la muerte en las profundidades del Océano.

Siguiendo la costumbre bretona, su casa permaneció herméticamente cerrada, hasta que el mar arrojó su presa á la orilla.

Nunca olvidaré el tránsito del fúnebre acompañamiento por las calles, ni su llegada al cementerio.

Todos los pescadores, todos los marinos iban allí, llevando sucesivamente los dos féretros, detrás de los cuales caminaba el desconsolado padre, cuyos cabellos habían encanecido por completo, cuyo rostro bañaban raudales de lágrimas; á pesar de todo, no dejaba escapar un grito, ninguna queja, yendo magestuosamente recogido en su estóico dolor.

A su derecha marchaba Bejamín, que acababa de llegar del seminario. Tenía entonces diez y ocho años.

En cuanto á Genoveva, que iba á la izquierda del anciano, tenía esa mirada y esa fisonomía que los pintores dan á la inmaculada Virgen de los Dolores; estaba divinamente hermosa.

Así que los dos jóvenes pilotos fueron enterrados en una misma fosa, su pobre padre se arrodilló, y con voz apenas perceptible por la emoción, exclamó:

— Señor, todos mis hijos son vuestros; ya me habeis reclamado dos... Cúmplase vuestra divina voluntad!...

—Amén! respondió tras ellos una voz que les hizo estremecer.

Era Gabriel, que llegaba de la China; acababa de desembarcar precisamente á tiempo, para asistir á las honras funebres de sus dos hermanos.

—Kerkadec interrumpió su relato para dar rienda suelta á su dolor.

La noche habia cerrado por completo; un sin número de estrellas, pero imperceptibles, pálidas y tristes, tachonaban el sombrío azul del firmamento.

Un profundo silencio pesaba sobre el dormido campamento; las hogueras no despedían ya mas que moribundas llamas; las tiendas y los centinelas parecían otros tantos fantasmas blancos y negros.

En la misma inmovilidad de aquella atmósfera, habia un no sé qué extrañamente melancólico, en perfecta armonía con la dolorosa confianza del oficial breton.

El pobre Gabriel habia sufrido mucho.

Tenia en la frente, en las manos y en los pies, sangrientas cicatrices.

A ejemplo del Divino Maestro, cuya doctrina, pasión y muerte, habia ido á predicar, le habian coronado de espinas, le habian crucificado.

Oh!... siempre me acordaré de la ternura, de la admiración de Genoveva y Benjamin, cuando ya en su casa hicieron sentar entre los dos

al querido misionero, y examinaron, tocaron y besaron piadosamente sus gloriosas heridas.

El padre tambien estaba allí, feliz y orgulloso de ver á su hijo mártir.

Y cuando este contó su largo viaje y sus dolorosas esperiencias, cuando describió aquel extraño y misterioso pais, cuando habló de los peligros que habia afrontado, de los tormentos que habia sufrido, de las conversiones que habia hecho, le escuchaba Benjamin con una ardiente curiosidad, con un entusiasmo que crecia de dia en dia, como su cristiana fé.

Por eso cuando Gabriel habló de volver á partir.

—Yo te acompañaré! le dijo Benjamin con voz resuelta; deseo... quiero asociarme á tu apostolado.

Esta fiebre de sacrificio, este santo ardor religioso, se habia apoderado de todos. En el primer arretrato de su alma, el mismo padre aplaudió la valerosa resolucion del hijo.

Pero se repuso al punto, y llenos de lágrimas los ojos.

—Ay! ya no me quedais mas que vosotros dos, exclamó... Qué seria de mí si muriérais tambien!...

Entonces Genoveva le interrumpió, diciendo:

—Cuando se muere como han muerto Raimundo y Corentino, como morirán quizá Benjamin y Gabriel, salvando hombres ó almas, es

decir, sirviendo á Dios... la muerte es una recompensa, es un bien.

Genoveva se asemejaba al pronunciar estas palabras á esas Vírgenes cristianas, que con la frente tranquila y la sonrisa en los labios, elevaban sus preces al cielo, esperando heroicamente en medio del circo la corona del martirio... y que son santas en el cielo.

—Partid, partid los dos! dijo entonces el anciano Penhoel; y si Dios quiere que me quede solo en el mundo, cúmplase su divina voluntad.

Algunos dias despues se embarcaban para China Gabriel y Benjamin.

Desde lejos, y en la punta del muelle, el padre y la hija dirigian á los dos misioneros un supremo adios.

Despues, los tres fuimos á arrodillarnos al pié de la gran cruz que domina la rada.

Hasta entonces el anciano no habia derramado ni una sola lágrima.

Pero al entrar en su desierta casa, se dejó caer en su rústico sillón, alrededor del cual se agrupaban otras veces sus cuatro hijos, y lloró amargamente.

—Aun os quedo yo, padre mio, dijo Genoveva abrazándole y besando sus cabellos blancos.

En cuanto á mí, habia cogido las dos manos del anciano entre las mias, y le gritaba desde el fondo de mi corazón:

—No soy yo tambien vuestro hijo!

Ay! en aquel momento olvidaba la deuda que debía pagar á mi patria.

El dia de mi partida se apróximaba.

Mi tio permaneci6 inflexible.

El anciano Penhoel me abraz6 y me bendijo al despedirme, renovándome la promesa de que sería el esposo de su hija.

— Valor, me dijo Genoveva; cumplir nuestro deber y servir á nuestra patria, es tambien servir á Dios.

Trascurrieron cinco años.

Yo estaba en Africa; acababa de ser ascendido, y era ya sargento primero, cuando recibí dos cartas casi simultáneamente.

La primera me anunciaba la muerte del padre Penhoel; la segunda la de mi tio Kerkadec.

Ya era yo rico entonces y podía ser libre.

Así, pues, me dirigí inmediatamente á San Malo.

Oh! cómo me latía el corazón al volver otra vez á casa de Genoveva!

Estaba mas hermosa que nunca con su vestido de luto, y me recibió con una sonrisa llena de ternura, pero cuya grave melancolía me llamó extraordinariamente la atención.

— Esposa mia! le dije, arrodillándome á sus piés.

Genoveva, por toda respuesta, me enseñó su vestido negro.

Cuando se concluya tu luto nos casaremos, le contesté yo con entusiasmo.

—Se lo he prometido á mi moribundo padre, me dijo, y cumpliré mi promesa.

Los dias siguientes me repitió las mismas palabras.

Sin embargo, habia en su mirada y en su actitud un no sé qué, que cada vez me estrañaba mas.

Parecia que su alma se desprendia de todo lo terrestre, que sus ojos buscaban en el horizonte como un mundo invisible. Tenia la palidez y casi la inmovilidad de una estatua de mármol; estaba sumergida en una especie de sonambulismo; vivia como en éxtasis.

Yo me asombré, me inquieté al verla así.

Por fin una noche le confesé mis temores, y le supliqué que se explicara con franqueza.

—Esto no es nada... nada, me dijo; tengo el alma todavía muy triste... Paciencia, amigo mio, paciencia.

—Pero cuando volveremos á hablar de nuestra boda? exclamé yo...

Y cogiendo una de sus manos, deposité en ella un beso.

Al contacto de mis labios se estremeció repentinamente.

Un doloroso presentimiento me comprimó el corazon, y exclamé:

—Genoveva... ah!... tú ya no me amas.

La infeliz me miró asombrada.

Pero viendo que yo lloraba:

—Sí tal, replicó., oh!... si tal, te amo.

Y al mismo tiempo, como yo estaba arrodia-

llado delante de ella, me cogió la cabeza con sus dos manos y me besó en la frente.

Pero avergonzada sin duda de aquella muestra de ternura, huyó precipitadamente.

Todo esto era cada dia mas alarmante, cada dia mas incomprensible.

Una angustia febril, una profunda pena se apoderaron de mí.

Genoveva lo conoció y se esforzó por ser amante y afectuosa como lo habia sido siempre.

Sin embargo, se comprendia à primera vista que se violentaba, que aquello no era natural.

Así terminó el último mes de su luto.

—Cuando hacemos publicar nuestras amonestaciones? le pregunté un dia.

—Amigo mio, me contestó, esperemos á que reciba alguna carta de mis hermanos; hace ya mas de un año que no he tenido noticias suyas.

—Quieré decir, que si esa tardanza se prolonga...

—No, no se prolongará; me lo anuncia uno de esos presentimientos del corazon que jamás engañan.

Todavía insistí.

Pero Genoveva me suplicó que no le rehusara aquel plazo supremo, pidiéndomelo anegada en llanto, con la mas viva desesperacion pintada en el semblante.

Me resigné á esperar.

Ay! no esperé mucho tiempo.

Al día siguiente al ir á casa Genoveva, ví salir de ella al obispo de Rennes.

Entré en seguida y encontré á la infeliz arrodillada, no lejos del umbral, y pálida como una muerta.

Varias veces quise interrogarla, pero inútilmente.

Por fin volvió hácia mí los ojos, me reconoció, se levantó con lentitud, me hizo sentar en el sillón de su padre, y me dijo:

—Escucha lo que acabo de saber, y lo que he resuelto. Espero que me comprenderás.

Hé aquí, poco mas ó menos, lo que Genoveva me contó:

Después de infinitos sufrimientos, Gabriel y Benjamin habían conseguido fundar en una de las provincias mas apartadas de la China, lo que los misioneros llaman una cristiandad.

Esta humilde y primitiva parroquia, perdida en el corazón de una montañosa comarca, y á la orilla de un caudaloso río, solo se componia al principio de algunas chozas, habitadas por pobres párias convertidos al culto del verdadero Dios.

Gracias á los perseverantes esfuerzos, gracias á la atractiva virtud de los dos jóvenes apóstoles, la colonia fué creciendo y prosperando con inaudita rapidez.

Numerosas habitaciones se edificaron en aquella ribera, hasta entonces desierta; los campos circunvecinos fueron desmontados y se cubrieron de inteligentes cultivos, porque

los hermanos Penhoel enseñaban el trabajo al mismo tiempo que la religion.

Su constancia fué bendecida por Dios; la cristiandad no tardó en considerarse bastante rica para elevar en aquel pais idólatra una capilla, en cuya cúpula se ostentara triunfante la divina Cruz.

Todas las virtudes evangélicas, todas las beatitudes imaginables, tenían su asiento ignoradas y pacíficas en aquel pequeño rincón de la tierra, convertido en paraiso por los hermanos Penhoel.

Bien pronto su reputacion se estendió por todo el ámbito del mundo, conquistándoles nuevos prosélitos.

Algun tiempo mas, y toda la provincia quizá hubiera sido cristiana.

Pero la envidia de los sacerdotes de Budha no lo comprendia así, y su fanatismo despertó la dormida cólera de los perseguidores y de los verdugos.

Los hermanos Penhoel no hicieron caso de esta primera tempestad, y hasta la vencieron con solo el poder de la bondad y de la fé.

La rabia de sus enemigos tomó más incremento todavía; todas las malas pasiones, todos los crueles instintos de la raza asiática, se desencadenaron contra ellos.

El mismo dia en que reunidos en la capilla daban gracias al Todopoderoso que parecía haberles librado de tan inícua persecución, la aldea fué cercada, invadida por

soldados ansiosos de pillaje, sedientos de sangre.

Era todo un ejército de tigres.

La resistencia era imposible.

Intimaron á los cristianos para que abjuraran sus creencias.

Rehusaron.

En vano incendiaron su aldea: en vano los amenazaron con la muerte; en vano torturaron á unos y crucificaron á otros.

Ni uno solo desfalleció... ni aun en los mas atroces suplicios!

A quienes martirizan mas cruelmente era á los hermanos Penhoel, cuyo heroismo parecia un milagro.

Siempre sonriendo á los verdugos, entusiasmaban á las víctimas, cantaban alabanzas al Señor.

Desesperando los tigres vencer tanto valor, imaginaron un terrible medio para acabar con ellos.

Varios buques con válvulas aparecieron en el rio.

Transportaron á ellos á toda la cristiandad, hombres, mujeres, niños, ancianos... todos en fin, excepto algunos desgraciados que se retorcian sobre grandes cruces elevadas acá y allá, entre las humeantes ruidas de la incendiada aldea.

Los dos jóvenes pastores habian sido embarcados los últimos.

Ya en medio del río, abrieron las válvulas y todos los cristianos cayeron al agua.

La mayor parte de aquellos desgraciados volvieron á la superficie, buscándose, llamándose, abrazándose en un supremo esfuerzo.

En las dos orillas estaban los soldados armados de mosquetes, acribillándolos á balazos.

Por intervalos se oían clamores feroces y grandes carcajadas entre los verdugos.

Entre las víctimas, gemidos, cánticos y oraciones.

A través de aquella multitud medio ahogada, Gabriel y Benjamin iban y venían nadando con una mano, bendiciendo con la otra.

Bien pronto no quedaron á su alrededor mas que algunos grupos de víctimas tan intrépidos como conmovedores; eran los que mas sentían perder la vida.

Una madre elevaba por encima de las aguas al hijo de sus entrañas.

Dos esposos se daban el último adios, en un abrazo supremo.

Después, acá y allá se veían varios cadáveres flotantes, cuyas tres cuartas partes estaban sumergidos bajo las ensangrentadas aguas.

Los hermanos Penhoel nadaban y bendecían todavía.

De repente se oyó una descarga general en las dos orillas.

En el río un último grito.

El rebaño entero habia desaparecido; no quedaban mas que los dos pastores que seguian nadando y bendiciendo.

Por fin se cogieron de una mano y levantaron la otra al cielo.

Algunas balas les hirieron así, como para reunirlos en una misma muerte.

Luego solo se vieron en la superficie del rio dos grandes sotanas negras, que desaparecieron arrebatadas por la corriente.

Hasta entonces habian proseguido los verdugos su obra homicida, cantando, riendo, bailando, como salvajes hambrientos de carne humana.

Pero cuando ya no hubo ninguna víctima que esterminar, cuando el silencio de la muerte se cernió sobre el rio, se detuvieron repentinamente callando, como arrepentidos de lo que habian hecho, como avergonzados de la luz del sol.

Quizá creerian ver como subian al cielo las sombras de aquellos inocentes mártires.

Tal fué el relato de Genoveva.

Despues, mirándome con tristeza:

—Amigo mio, me dijo, ahora ya comprenderás que no puedo casarme.

—Ahora no; pero dentro de algunos meses, dentro de un año...

—Jamás!

En vano quise protestar en nombre de nuestro amor.

Me interrumpió con un gesto suplicante, y

continuó con una voz dolorosamente oprimida, pero firmemente resuelta:

—Es preciso que me escuches hasta el fin... En mi familia siempre ha habido álguien que se ha consagrado á Dios. Mis hermanos han muerto y yo debo ocupar su lugar... Quiero entrar en un convento, quiero ser hermana de la caridad.

—Luego ya no me amas! exclamé; no me has amado nunca!...

—Sí, te amaba, te amo todavía y te amaré siempre, me contestó. Ya ves como sufro, como lloro al darte el último adios. Estos sacrificios le agradan al Señor, y por eso oigo su voz que me llama desde el cielo... Yo me pertenezco ya á los pobres, á los enfermos, á todos los desgraciados.

—Tambien soy desgraciado yó, exclamé con el acento de la desesperacion, y ni aun Dios te podrá separar de mi lado, porque te une á mi un sagrado juramento, cuyo cumplimiento espera desde su tumba tu difunto padre.

—Es cierto que te juré ser tu esposa... pero tú mismo me relevarás de ese compromiso. No me digas que es imposible... No me digas nada hoy... déjame sola... Hasta mañana... hasta mañana.

Yo me alejé jurando tambien no renunciar jamás á Genoveva.

Pero la infeliz languideció tanto y se quedó tan pálida, que me hizo temer por su salud; parecia que se iba á morir.

No se quejaba, sin embargo, ni me hablaba ya de aquella ardiente sed de sacrificio que la devoraba.

Solamente cuando hallábamos alguna hermana de la caridad, sus grandes ojos negros se reanimaban como por encanto y brillaban con un resplandor celeste.

Siempre que no estaba conmigo, corría hacia los pobres, hacia los enfermos, hacia los afligidos; á todos les daba ya el dulce nombre de hermanos.

Un dia la encontré rodeada de pequeñuelos, estaba enseñándoles á rezar.

Oh!... qué hermosa y conmovedora estaba así mi querida, mi sublime Genoveva!

Entonces me pregunté si verdaderamente tenía yo derecho para querer para mí solo tantas virtudes, tantas generosas inspiraciones.

Decir todos los combates que sostuve, todo lo que sufrí, sería de todo punto imposible.

Hasta Dios parecía que se declaraba contra mí; Dios quizá estaba celoso.

Una noche nos paseábamos Genoveva y yo por la orilla del mar, y sin darnos cuenta del camino que llevábamos, nos alejamos bastante de nuestras casas.

Entonces conocí que mi compañera estaba fatigada, y la hice sentar en una roca.

A nuestros piés teníamos el Océano, cuya rugiente voz se perdía en la inmensidad del espacio.

Sobre nuestras cabezas un cielo resplandeciente de estrellas.

En el campo, y en medio de una perspectiva azulada por la luna, un campanario.

Era el campanario de un convento... de un convento de monjas.

De repente el toque del Ave-Maria interrumpió el profundo silencio de la noche.

Una fuerza irresistible me hizo doblar la cabeza; durante algunos minutos reflexioné profundamente.

Cuando miré á Genoveva, su rostro me pareció blanco como una mortaja. Tenia la vista fija en el campanario, y un torrente de lágrimas inundaba su rostro.

Le cogí la mano... y aquella mano abrazaba.

—Genoveva! exclamé; tienes fiebre?

—Sí, me respondió, la fiebre de la caridad.

Y sonreia... con la sonrisa de un ángel aspirante al cielo.

—Tú lo quieres! exclamé con entrecortados sollozos,... cúmplase tu voluntad!...

—Conque al fin consientes? me preguntó Genoveva, dirigiéndome al mismo tiempo una ardiente mirada.

La campana tocó de nuevo como para llamarla hacia el monasterio.

—Vete... vete... eres libre! murmuré cayendo de rodillas y ocultándome el rostro con las manos.

Entonces sentí en mis cabellos un furtivo be-

so.... y oí unos pasos que se alejaban hacia el convento.

En vano quise levantarme, en vano quise correr en busca de Genoveva... una mano de hierro me tenia sujeto al suelo.

Ignoro cuanto tiempo permanecí en aquel estado.

Todo lo que sé es, que cuando recobré el sentido, cuando quise alcanzar á Genoveva... era demasiado tarde.

Ya se habían cerrado tras ella las puertas del convento.

Al dia siguiente rehusaron abrimelas, y lo mismo me sucedió siempre que quise verla.

Derramando mares de lágrimas, corrí como un loco por el campo, hasta que las fuerzas me abandonaron, hasta que caí meribundo al borde de un precipicio.

Despues padecí una larga y terrible enfermedad.

Cuando me restablecí, cuando recobré la memoria, mi amor vivia todavía en el fondo de mi alma; pero estaba vencido, resignado.

Solo un deseo me quedaba.... el de volver á ver por última vez á la que habia perdido para siempre.

Un buen anciano, un sacerdote que me habia asistido y consolado, me dijo con solícita ternura:

—Cuando os halleis bastante fuerte para reuniros con vuestro regimiento, yo mismo os llevaré á su lado.

Oh! mi convalecencia duró muy poco con aquella esperanza. Bien pronto me hallé dispuesto para partir.

El buen sacerdote me cumplió su palabra.... la volví á ver.

—Perdon! me dijo adivinando en mi palidez todo lo que había sufrido... tengamos confianza en Dios... Dios es bueno y reúne en el cielo á los que separa en la tierra. Valor hermano... paciencia y valor.

Desde aquel dia Genoveva y yo no nos hemos vuelto á ver.

Pero muy á menudo, durante las largas noches de invierno, me he dicho mirando al cielo para donde ella me citó:

—Si alguna vez nos encontramos frente á frente, esta será la señal de que la hora de la cita va á sonar.

Este extraño presentimiento ha llegado á ser para mí casi una esperanza.

Juzga, pues, de mi emoción, de mi alegría. Esa mujer que acaba de pasar... Sor Teresa... pues bien!... es Genoveva!

El capitán Kerkadec dejó de hablar, pero conservó la misma actitud inmóvil y pensativa.

Respetando este doloroso silencio, el otro oficial fijó sus miradas en el horizonte.

Un resplandor rojizo apareció en el Oriente. Algunos clarines, como despertados por la luz del alba, saludaron con sus voces metálicas al astro del nuevo dia.

Era la señal de la batalla.

Los dos capitanes se unieron á sus respectivas compañías, pero no sin haberse estrechado las manos por la última vez, no sin haberse dicho mutuamente:

—Buena suerte, amigo mio,

Para el Breton, la buena suerte era la muerte.

La muerte con Genoyeva.

Tenia como un presentimiento, como una esperanza de que así sucedería.

Desde los primeros momentos del combate, cayó mortalmente herido.

Una hermana de la caridad, conducida por una casualidad providencial, acudió á socorrerle.

Era Sor Teresa.

Era Genoveva.

Kerkadec ya no podia hablar. Pero la reconoció, y aun tuvo fuerzas para llevarse una mano al corazon, al mismo tiempo que con la otra le enseñaba el cielo.

Sor Teresa comprendió aquel mudo adios.

Tambien ella habia reconocido á su desposado; tambien ella abrigaba en el fondo de su corazon una aspiracion igual.

—Sí, respondió con imperceptible y dolorosa voz; sí... bien pronto nos uniremos, bien pronto...

No pudo acabar. Una bala, hiriéndole en medio del pecho, la derribó exánime al lado de su moribundo amante.

Sus almas volaron al mismo tiempo á la re-
gion de los justos.

Dios las uniria en el cielo, ya que la fatali-
dad no quiso que se unieran en la tierra.

FIN.